

Encrucijada de discursos

A veces, caminando por las calles de Madrid, siempre prietas de gente, me acuerdo de que Aristóteles recomendaba que una urbe no debía sobrepasar los diez mil habitantes para que sus ciudadanos no fueran del todo infelices. Han transcurrido muchos siglos desde entonces y a esa pretensión del Estagirita la ha venido a sustituir, como un dolor que se superpone a otro en ese palimpsesto de barro y miedo que es el cuerpo humano, el epígrafe de la película *Taxi driver*:

"En cada esquina hay un individuo que sueña con ser alguien. Es un hombre solo, abandonado por todos, que trata desesperadamente de probar que existe".

Esta frase resume la condición del hombre contemporáneo, extraviado en un mundo lleno de cifras anónimas y presidido por el utilitarismo -esa cofradía de mercaderes fundada por Stuart Mill en la que se reverencia el soniquete avaricioso de la máquina registradora y en la que sólo es deseable lo que reporta beneficios-, y de cuyo reino, que lleva por bandera el símbolo del dólar, han sido excluidos los lumpen, los parias de cinco tenedores, los pobres de solemnidad y todos los que, como Ulises, somos Nadie, aunque en nuestro carné de identidad figuren un nombre concreto y dos apellidos, o aunque seamos eso que llaman famosos.

Pues bien, en esta nota a pie de página que nadie leerá cuando el siglo XX deje de estar aún cerca y ser dos aspas que han tachado muchas creencias redentoras -el comunismo, por ejemplo- para convertirse en viento y nada, se encuentran aquellos que cuidan la costumbre de perpetuar en la escritura lo que una vez fue vida, acaso porque la literatura no sea más que una forma de conjurar el miedo a la muerte. Sea como fuere, nuestra época ha apresurado el fervor por lo que se ha convenido en definir como literatura del yo: autobiografías, memorias, diarios, etc. No es casual esta querencia, ni tampoco sería erróneo asignar este auge, al menos parcialmente, a una exacerbación del narcisismo, la auténtica enfermedad del siglo XX, y quién sabe si también del que hemos comenzado.

Yeats explicó en su poema "The Second Coming" que "todo se desmorona; el centro ya no puede sostenerse". Las teorías de Nietzsche, las de Bergson, las de Freud o las de Einstein han desmenuzado los cimientos en que se fundaban las ideas del mundo occidental y han dado al traste también con el concepto de personalidad,

que ya no se percibe como algo marmóreo, de una pieza, como una escultura terminada o un cuadro figurativo, sino como un montón de fragmentos dispersos y contradictorios que remedan con notoria exactitud el arte cubista, donde no hay principios ni finales. Así, pues, la autobiografía no es escribir sobre uno. La autobiografía es narrar, desmadejar el personaje que uno cree ser, demostrar que se existe. Y es el texto el que nos proporciona esa ilusión de unidad, de identidad, y no al revés. Schlegel discernía dos tipos de autobiógrafos: los *autopseustos* -aquellos que mienten sobre sí mismos-, y los que se aplican a referir verídicamente su vida. Hoy no cabe preguntarse por la veracidad o falsedad de los hechos narrados. Los textos de ficción y los de no ficción no contienen marcas específicas, sino que en última instancia depende del lector el que se juzgue un relato como autobiográfico o como ficticio. ¿Qué diferencias formales hay entre el Lazarillo y la Historia de mi vida de Casanova, por ejemplo? Ninguna.

No obstante, el que hoy escribe una autobiografía renuncia a la ingenua confianza de Rousseau y ya no aspira a mejorar la imagen de sí mismo, por lo general. Hoy el escritor de autobiografías permite que se instale cierta ironía, entendida al modo romántico, entre él y lo que va a contar. El distanciamiento, la crítica y el descreimiento serían atributos de las modernas autobiografías.

Y, en efecto, distanciamiento e ironía se apoyan en esta interesante y nada canónica autobiografía de Antonio Pereira para hacer de ella una obra de muy grata lectura, una obra de la que -digámoslo ya- está exenta cualquier tentación o amago narcisista y en la que prevalece una sobriedad que discrepa de los modales de este tipo de publicaciones, acaso porque el temple castellano del autor le impida cualquier incursión en la autocomplacencia, en el lamento o en el impudor.

Quizá lo menos acertado, a mi juicio, de esta nueva entrega de Pereira es el título: *Cuentos de la Cábila*. Pues muy pocos cuentos hay aquí. Las treinta y una -secuencias que integran este volumen, magníficamente editado, no se dejan reducir con facilidad a los hábitos narrativos de lo que entendemos por cuento o relato corto. Más bien cabría hablar en muchos de los casos de apuntes o de estampas que, aunque puedan leerse autónomamente, poseen una continuidad entre sí que exige más que aconseja la lectura lineal, ya que el libro empieza en la infancia del narrador/autor y termina cuando éste es elegido Hijo Predilecto de la ciudad. Un texto éste -"El reconocimiento"- que no me resisto a copiar porque constituye un magnífico ejemplo de esa ironía, de ese ameno tono a media voz del que hablábamos: "A un chico de la Cábila que llegó a literato lo hicieron Hijo Predilecto cuando era mayor y le blanqueaba la barba. Una noche pasaba el puente con un convecino que no tenía diploma honorífico y pensó que si un ventarrón los tirara al río, el predilecto sería el primero al que salvarían. La injusticia se le hacía

insoponible, pero lo alivió el recuerdo de que en l todo el barrio, él era el único que no había aprendido a nadar".

Cuentos de la Cábila es, pues, un conjunto de estampas que remedan los puntos dispersos pero numerados de esos pasatiempos infantiles en los que uno ha de seguir un orden para unirlos y descubrir al final la figura que encubren. En el caso de Pereira lo que vemos al cerrar el libro, al terminar de unir esos puntos, es un hermoso tapiz en que se han ido entretejiendo tres discursos: el discurso histórico, el discurso local y el discurso personal.

El primero alude a acontecimientos de nuestra historia nacional. Por ejemplo, cuando el narrador habla de la instauración de la República o cuando cuenta, con un humor crítico que se tiñe de un bondadoso sarcasmo (si es posible decirlo así), la llegada de Millán Astray al pueblo del narrador y el esperpéntico sucedido que éste protagoniza ("La pernocta del general"). El segundo de los discursos, el que aquí hemos llamado local, se ciñe a referir hechos y a presentar personajes de la Cábila, el barrio leonés en que nació el autor. Son dignas de mención las estampas tituladas "Apariciones", donde se nos narra la fuga y misteriosa aparición del Torvo, un personaje al que los vencedores de la guerra persiguen menos por razones políticas que por su mirar avieso; "La ciudad industrial, la ciudad romántica", en la que se enfrentan las rivalidades entre los de Ponferrada y los de Villafranca del Bierzo; o el caso de don Aurelio, un cura con fama de santo que posee un precavido revólver ("Los niños muertos y todos los muertos"). Finalmente, el discurso personal es el hilo que va urdiendo los otros dos, el que los impregna, y el que ocupa la mayor parte del texto. En él vemos desfilar la infancia del narrador, la adolescencia, el despertar del amor, la vocación literaria, la mili, la familia, etc. Y todo ello, como se decía, visto desde un inteligente distanciamiento, lo que despierta las simpatías y la admiración del lector, o al menos de este lector.

En fin, ni una mota de imperfección empaña este libro que se nos queda vibrando en la memoria una vez concluido, bordeando la nostalgia y urgiéndonos suavemente, amablemente, a disponer sus palabras alrededor de nuestro corazón para hacerlo un poco más sabio, un poco más grande, para desdoblirlo, en definitiva, a otro mundo y a la compañía de otra soledad, lo único que seguirá existiendo de nosotros cuando nuestros pasos no sean más que silencio. Silencio agregado a la palidez de otros silencios. Otro silencio más.

Fernando Sánchez Alonso